

Guernica”. Pero solo cobran sentido al ser publicados los sonetos en su totalidad. Por ejemplo, no se entiende el titulado “El sentir de un noble vizcaíno en uno de aquellos funerales” sin haber leído el soneto que le precede, “Cumpliendo así un rito ancestral”.

Southey pone la entonación épica en las inscripciones para el campo de batalla de Talavera y para un monumento en La Albuera: un poco largas para inscripciones destinadas a la piedra, y en una selección del, un poco monótono, *Carmen Triumphale para el comienzo de 1814*. La contribución de Felicia Hemans es no menos entusiasta y prolija.

Estamos ante una antología importante por muchos motivos. El primero, porque documenta unas actitudes poéticas poco conocidas en español, y, sobre todo, porque algunas de estas muestras poéticas son auténtica poesía.

IGNACIO GRACIA NORIEGA
Escritor

BARBASTRO GIL, Luis, *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814). La huella del afrancesamiento*, prólogo de Antonio Moliner Prada, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2013, 407 pp.

El factor religioso tuvo un papel social crucial en el proceso de tránsito

del Antiguo Régimen a la contemporaneidad. Se trata, en consecuencia, de un proceso que ha sido estudiado con profusión desde diversos enfoques y disciplinas sociales. La importancia que adquirió la cuestión religiosa, y más concretamente la tradicional catolicidad de la monarquía hispana, desde el mismo inicio de la Guerra de la Independencia española, es un elemento que fue muy discutido e instrumentalizado por quienes vivieron la guerra y vieron brotar en España la revolución liberal y hoy día aún sigue siendo objeto de debate entre los historiadores. La religión se erigió en un instrumento de propaganda de primer orden para los dos bandos enfrentados en la contienda y, por ende, se convirtió en uno de los principales instrumentos legitimadores del poder político y de movilización popular durante la guerra. Para los autodenominados “patriotas” –los antibonapartistas– la guerra tuvo un marcado componente de guerra santa o cruzada, con cientos de frailes y clérigos movilizados paramilitarmente al frente de partidas guerrilleras que luchaban contra el francés y contra el afrancesado. Ni la Constitución bayonesa de 1808, otorgada por el emperador Napoleón –aunque nominalmente en el encabezado constara el nombre de su hermano José I– a los españoles, ni la avanzada Constitución gaditana de 1812, gestada por los liberales reunidos en la sitiada Cádiz, cuestionaron la unidad católica de España, sino más

bien lo contrario: ambas ahondaron en la importancia vertebradora de la religión católica en la sociedad española.

El peso ideológico del episcopado español y del alto clero a lo largo de toda la contienda se nos muestra, en consecuencia, como un asunto clave y de gran calado para una mejor comprensión del grado de socialización del conflicto y muy especialmente entre la gran masa social que componía un mayoritario y analfabeto *pueblo llano*. Como apuntan la mayor parte de los estudios sobre el particular, el poder de influencia y de control social de la Iglesia católica y de sus ministros en la España de comienzos del siglo XIX era inconmensurable. Fueron numerosos los clérigos que desempeñaron un papel activo o muy activo en los asuntos políticos de los años 1808-1814, tanto en lo que se refiere a la organización de las juntas locales o provinciales, como en la representación en las Cortes de Cádiz—es bien sabido que un tercio del total de los diputados reunidos en Cádiz fueron clérigos—. Los famosos *curas guerrilleros* movilizaban amplias partidas antifrancesas, los prelados escribían pastorales partidistas, muchos párrocos adoctrinaban a sus feligreses desde el púlpito o a través del confesionario en defensa de la religión y del rey (Fernando VII)...

El catedrático Luis Barbastro Gil, gran conocedor de la época y autor de trabajos que con el andar del tiempo han devenido en referentes histo-

riográficos (uno de los más influyentes es, sin duda: *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español, 1813-1820*), nos ofrece en esta sólida monografía un nuevo ejemplo de cómo arrojar nueva luz sobre un aspecto que, aparentemente, no ha sido desatendido en los últimos años conmemorativos del bicentenario de la guerra de la Independencia. Un trabajo de investigación histórica permite avanzar en el conocimiento de un tema por dos motivos principalmente: bien porque utiliza nuevas fuentes primarias y ofrece nuevos datos sobre la materia, bien porque presenta un enfoque del objeto de estudio original y, en cierto modo, novedoso. El presente libro del profesor Barbastro es una buena combinación de ambos supuestos, donde el bagaje del autor es aderezado con el trabajo de muchos años de archivos, bibliotecas, lecturas y reflexión. No se trata, ni mucho menos, del primer estudio sistemático que acomete sobre el protagonismo social y político del clero en los inicios de la Edad Contemporánea. Es también autor, entre otros trabajos, de la monografía *Revolución liberal y reacción (1808-1833). Protagonismo ideológico del clero en la sociedad valenciana* (Alicante, 1987) y del sugerente artículo “Plan de reforma de la Iglesia española impulsado por Napoleón Bonaparte”, (*Hispania Sacra*, nº 121, 2008).

La obra que aquí reseñamos está estructurada de forma muy clara y

precisa. En la introducción general el autor trata varias cuestiones generales en torno a la encrucijada que el año 1808 supuso para los españoles, centrándose sobre todo en las diversas actitudes del episcopado y del clero español ante la invasión de los ejércitos imperiales galos, lo cual dependió –como muy bien analiza de forma grupal e individual– de múltiples condicionantes geográficos e ideológicos. Tras la introducción, la monografía se divide en dos grandes bloques. En el primero de ellos se examinan cuestiones como la conducta de los obispos de la cuenca del Duero, las causas del apoyo mayoritario del episcopado español a la “causa nacional” y las vicisitudes de los obispos emigrados y los principales lugares de acogida, así como también se repasa en el fenómeno del afrancesamiento eclesiástico en algunos de los territorios ocupados. La segunda parte de la obra supone el grueso de la investigación (pp. 119-376) y está dedicada exclusivamente al estudio sistemático de los obispos y clérigos afrancesados, aportando datos relevantes y novedosos acerca de la trayectoria profesional e ideológica de varios eclesiásticos ilustres de la época, como fueron Ramón José de Arce (capellán de palacio y consejero de Estado de José I), Fr. Miguel Suárez de Santander (obispo auxiliar de Zaragoza) y Félix Amat (abad de San Ildefonso y obispo electo de Osmá), paradigmáticas personificaciones del puente que muchos españoles hubieron de

cruzar en los inicios de la contemporaneidad desde la orilla de la Ilustración hacia el nuevo horizonte del constitucionalismo liberal. Algunos arribaron rápido, otros muchos navegaron a la deriva, sin rumbo definido, o decidieron regresar a la orilla ante el temor de un naufragio. Y es que un buen número de católicos del Ocho-cientos no supieron muy bien de qué manera encajar y hacer compatibles su tradicional moral y cultura católicas con la nueva doctrina liberal. Máxime si centramos el objeto de estudio en el estamento eclesiástico, en el seno del cual, como es obvio, mayor problemática generó este debate que devino en universal, dentro del particular universo católico decimonónico.

RAFAEL FERNÁNDEZ SIRVENT
Universidad de Alicante

RAMÍREZ, Pedro J., *La desventura de la libertad. José María Calatrava y la caída del régimen constitucional español en 1823*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, 1165 pp.

Pocas Constituciones históricas han conocido un destino tan cruel como la Constitución de Cádiz, dos veces liquidada por el mismo autor –Fernando VII– y con el mismo móvil –restablecer el absolutismo–. Su primer fallecimiento, del que ahora se cumplen doscientos años, fue en realidad el de un neonato, ya que su articula-